

Lc 24,35-48 Domingo III de pascua.

“Pilato lo interrogó, diciendo: «¿Eres tú el rey de los judíos?». «Tú lo dices», le respondió Jesús. Pilato dijo a los sumos sacerdotes y a la multitud: «No encuentro en este hombre ningún motivo de condena». Pero ellos insistían: «Subleva al pueblo con su enseñanza en toda la Judea. Comenzó en Galilea y ha llegado hasta aquí»...

«¿Por qué están turbados y se les presentan esas dudas? Miren mis manos y mis pies, soy yo mismo” (Lc 23,3-5;24,38-39).

La presencia de Jesús inquieta a todos. A los dirigentes judíos y a Pilato, antes de la crucifixión, porque ven peligrar su dominio sobre el pueblo; a los discípulos



el domingo de resurrección porque no pueden terminar de creer que Jesús ha resucitado después de verlo morir en la Cruz.

Por eso Jesús nos da señales claras de que es Él mismo, el que ha muerto y ha resucitado.

Nuestra razón no nos alcanza. Es la fe la que nos lleva a creer. Es el amor infinito del Padre y del Espíritu Santo quienes resucitan a Jesús y le dan todo el poder y Gloria.

En forma permanente necesitamos volver a contemplar a Cristo Crucificado para experimentar el amor que nos tiene y acogerlo Resucitado que nos llena de la Vida según el Espíritu.

Señor enséñame a mirar tus llagas, a entrar y vivir en tu Corazón traspasado por mi amor.

***¡Jesús aumenta mi fe y haz que acoja la vida nueva!
¿Me dejo sorprender contemplando a Cristo resucitado?***

*En unión de oraciones
Hno. Javier Lázaro sc*